

LAUREL



CAJA NEGRA

ÁLVARO BISAMA

CAJA NEGRA

ÁLVARO BISAMA

Para Carla Mc Kay

*Han perdido la cuenta de los días y de las horas. No
son lindos de ver, eso es cierto, ensangrentados,
descuartizados, pegajosos;
pero su amor está más allá de las convenciones.*

Juan Rodolfo Wilcock

A veces sueño con un lugar así. Con una inmensa casa llena de habitaciones interconectadas donde en el centro de cada cuarto hay otra casa más pequeña: un lugar de una arquitectura volcada hacia sí misma, hacia sus entrañas, un complejo e interminable sistema de matriuskas, pues en los cuartos de las casas más pequeñas hay otras casas diminutas, y así hasta el infinito. Todas las casas son iguales pero a la vez diferentes, versiones deterioradas de un modelo original que se ha perdido. Todas están, por cierto, desocupadas. Sus habitantes –que pueden ser personas, animales o juguetes– salieron de viaje o están de vacaciones en algún sitio desconocido. No sabemos si van a volver pero han dejado ahí los recuerdos de su estadía: peluches rotos, platos sucios, camas deshechas, pasto sin cortar, calefactores encendidos, televisores sintonizados en la estática, mascotas que vagan buscando desesperadamente a sus amos. En mi sueño pareciera que todo está estático pero no es así. En algún momento, en alguna de las habitaciones del infinito número de casas, se enciende un fuego.

Takeshi Osu, entrevistado en *Mash-Up*

12. SLATER:

«Imagina que estás muerta,
¿Qué vas a hacer ahora con tu vida?».

Una década llena de monstruos. Las fechas son inexactas. Me encuentro en Santiago por alguna razón, algo que ver con la productora de Samuel Levinas, o un almuerzo en la casa de Félix Mori. Me acompaña Mariana. Tomamos un café en el centro y después vamos a almorzar a Providencia, posiblemente en El Parrón, pero de eso no me acuerdo. Lo que sí recuerdo es al taxista que nos llevó. Es lo más vívido que me queda de ese viaje. El taxista es calvo y lleva una chaqueta de cuero beige. Mariana le indica la dirección y él asiente y se encamina. Los detalles son nítidos: maneja con tranquilidad; la radio está encendida en alguna emisora que intercala cumbias con noticias políticas, y la mezcla suena simplemente como un murmullo. Lleva una estampita de la Virgen de Peñablanca y una foto del vidente Miguel Ángel, y tiene una delgada cicatriz que comienza en la frente, le atraviesa el ojo izquierdo y termina en la mejilla. Además, nos habla. Nos pregunta qué hacemos y a qué vamos. Por un segundo me temo que es un informante, pero luego me relajo. No recuerdo qué le decimos, supongo que Mariana responde. Luego él deja de escuchar y en las escasas quince cuadras que nos separan de nuestro destino nos explica el secreto del mundo. Nos dice que lo que sucede es que hay muchos universos, todos paralelos, y que son más o menos parecidos; dice que alguien que es blanco aquí puede ser negro o chino en otros universos; o que la historia es la misma pero con sutiles variaciones; que Mussolini pudo haber ganado la guerra, que Nixon pudo haber sido asesinado por el vietcong y que podría ser Leigh y no Pinochet el que gobierna Chile; dice que en esos universos infinitos las cosas se han mantenido en *statu quo* por millones de años, pero que ahora, por alguna razón desconocida, las cosas han comenzado a cambiar. Por eso los ovnis, dice, o el cometa Halley. Los universos se están achicando, comprimiendo, mezclando; hay una crisis en el continuum, los universos ya no son infinitos, están siendo devorados por estrellas negras de antimateria, por leyes físicas que apenas podemos comprender. El

taxista dice que es un proceso lento pero irremediable; que todo lo que conocemos se va a acabar de un momento a otro. Le pregunto cómo es que sabe todo eso. Son los sueños, dice. En sueños yo camino ahí, entre todas estas figuras de colores que son imágenes de los otros universos. Yo sueño cada noche con el fin de todo, dice. Sufro y me despierto y me da miedo cerrar los ojos de nuevo, dice. Y no puedo hacer nada. Solo contemplar y pensar en el fin de este universo múltiple, en el final de todos esos mundos, noche tras noche, para luego contárselo a mis pasajeros, dice. El fin del mundo se parece a cuando uno cierra las páginas de una novela de terror, dice. Asentimos, sin hablar. El chofer da la vuelta y se detiene en la puerta del restaurante. Mariana le paga. Bajamos y el taxi parte. Mariana me pregunta qué pienso de la propuesta de la productora de Levinas, o si es mejor invertir los dólares en dos o tres cintas de Mori. No alcanzo a responder.

Estalla una bomba.

11. OSU:

«Los pequeños rastros de sangre seca en su boca».

Sucedió en 1973. Empezó a escribir en el Seminario, cuando compartía habitación con el melancólico Samuel Levinas. A los dos les gustaban las películas de los hermanos Mori. Se preguntaban si había alguna clase de enseñanza bíblica en ellas. No llegaban a ninguna conclusión y seguían rezando. A él le interesaba una teoría, que por cierto Levinas no despreciaba, sobre el hecho de que sus oraciones permitieran que el mundo siguiera en marcha. Hablaban de eso pero no iban más allá en la discusión. Lo importante: en esa época tenía veintiuno o veintidós años y leyó *Drácula* durante las pausas entre sus actividades diarias. Y lo disfrutó. Tuvo dos semanas seguidas de pesadillas. Se las contó a Levinas, y éste le sugirió que las pusiera por escrito. Lo hizo. Esa semana, cuando fue a ver a su confesor, no le dijo nada de eso, de lo que planeaba escribir. Tampoco de sus sueños y pesadillas. Se lo guardó como una especie de vida secreta. Aquí hay tipos que son maricas, que tienen pareja, que leen porno; a mí me interesan los vampiros. No es gran cosa, pensó. Peores son los monseñores perfumados que andan detrás de los chicos del coro, pensó. Así que puso manos a la obra. Primero ordenó sus sueños de modo de dotarlos de coherencia. Luego empezó a trabajar sobre esas visiones, a generar una estructura. Pasó varios meses en eso. Al final se puso a escribir. Lo que salió fue una novela de cuatrocientas carillas y sin nombre, sobre una mujer vampiro que visita diversos universos, lugares y tiempos de la historia. La mujer busca a un ángel porque hay algo no resuelto entre ellos. Los encuentros, fugaces, llenos de sangre de víctimas inocentes, se suceden: Egipto, Roma, la Italia de los Borgia, los días previos a la muerte de Marat, un pueblo del Oeste norteamericano habitado por oficiales sudistas renegados, el Londres de Oscar Wilde, un campo de concentración estalinista, los minutos posteriores al suicidio de Hitler, la habitación de un hotel en Nueva Orleans, la Luna, una estación espacial que orbita un agujero negro. En todos esos sitios la mujer busca al ángel y el ángel la esquivo. Poseída por

una sed inmemorial, ella devora a quien se le cruce en el camino: hombres, mujeres, bebés, animales, extraterrestres. A veces el ángel se acerca sigilosamente a los cuerpos y los resucita. A veces, en esos momentos la narración se interrumpe, le cuentan sus vidas al ángel antes de cerrar los ojos y exhalar el último suspiro. En ocasiones el ángel mata a la mujer; en otras ella bebe la sangre del ángel. A ratos, en ciertos lugares epifánicos yacen juntos. No hay clímax. Ni final. Los encuentros se pueden suceder hasta siempre, una y otra vez, se confunden, se multiplican, se repiten. La novela se convierte en una serpiente que se muerde la cola. Eso pasó. Terminó el texto y se lo envió a un editor que Levinas conocía de alguna parte. El que publicaba las novelas protagonizadas por el detective Romeo Marín, aquel enano izquierdista que resolvía crímenes relacionados con el mundo del arte. A Javier Santamaría, el editor, que era miembro del Mapu y gozaba con la literatura gótica, le encantó. Aceptó publicarla de inmediato. La novela salió a librerías el 9 de septiembre. Dos días después el país estalló, y a mediados de octubre un comando del Ejército quemó la bodega de la editorial.

10. BOWIE

«Irrumpe en la ciudad como una vaca sagrada,
con visiones de esvásticas en mi cabeza y planes para
todo el mundo. Está en lo blanco de mi mirada».

Soy la única estrella de *glam* rock de Chile. Se me considera de culto. He tenido cuatro bandas y he publicado veinte discos. Me he teñido el pelo sesenta y siete veces, con cuarenta y cinco variaciones de colores. Me casé con una supermodelo y con una profesora de literatura. Extrañamente, la supermodelo sabía más de literatura que la profesora, y la profesora tenía un cuerpo cien veces mejor y más elástico que la modelo. En medio de esa extraña paradoja matrimonial tuve cinco hijos, a los que apenas veo ciertos fines de semana. Me infectaron alguna vez de gonorrea. Una vez estuve con Takeshi Osu, mi ídolo y santo personal. Hablamos en un antro de Berlín oriental sobre las mejores formas de destruir habitaciones de hoteles. Una vez lancé un televisor a una piscina. No tengo panza. Voy al gimnasio cuatro veces por semana. No consumo drogas. Antes lo hacía, pero lo dejé. Nunca probé la heroína, en todo caso. Una vez le disparé a un periodista. No acerté. He actuado en la Teletón dieciocho veces. Aparezco haciendo cameos en algunas películas, nada muy importante, a lo más el hecho de hacer de mí mismo, de interpretar casi siempre a alguien en una parada de buses o al invitado excéntrico de una fiesta: el pelo naranja, el acento español con un dejo galés impostado, una polera blanca con el rostro fluorescente de Osu.

Pero esto no trata de esto.

Esto trata de mi padre.

Mi padre fue profesor universitario. Murió hace un par de años. No fui a su funeral. Yo estaba en Chiloé, en una gira veraniega. Mi mejor fan club es el de allá. A mi padre nunca le interesó mi carrera. Ya estaba jubilado, a la fuerza pero jubilado igual. Antes enseñaba latín y griego en la Universidad Católica. Era un excelente académico, que torturó y mutiló emocionalmente a mi madre hasta que ella se divorció de él cuando yo tenía tres años. Era miembro del Opus, creo. O de algo parecido. Quería ser sacerdote pero por alguna razón nunca ingresó al seminario. Vestía siempre la misma ropa: ternos negros y camisas blancas, viejas

corbatas de color concho de vino, indistinguibles, lentes gruesos y pesados que le achicaban los ojos hasta hacerlo parecer una especie de roedor. Un topo, mi padre parecía un topo. Eso nunca nadie lo dijo en voz alta, pero supongo que mucha gente lo pensó. Mi padre era de una fealdad opaca y retorcida. Tan solo superada por su inteligencia o su memoria. Mi padre, pienso ahora, era alguien más memorioso que inteligente. En Chile ambos atributos se confunden. Escribió veinte libros, algunos buenos y otros malos. No he leído ninguno, en todo caso. Opino de oídas. Siento un pavor reverencial al momento de coger uno de esos volúmenes e intentar saber de qué tratan. Cuando murió, heredé su biblioteca completa. Ahora está en el ático de esta casa: medio centenar de cajas que huelen a polvo y humedad, comida presunta para ratones o termitas. Podría hacer una fortuna con ellos, pero no quiero. No quiero ni mirarlos. Mi padre dedicó a ello parte importante de su vida. El resto de su familia –su mujer, sus hermanos, su único hijo– fuimos simplemente satélites de ese afán de conocimiento, meras comparsas a las que nos dedicó una atención mínima, pausas comerciales o digestivas, trámites nimios en medio de esa agenda organizada de deberes académicos y secretos trágicos, los días libres de un programa de televisión facturado por un canal menor, con una producción barata, donde no sucedía demasiado: las rutinas de un hombre solo que nunca se acostumbró a estar con más gente que los personajes o las voces de sus libros.

La penúltima vez que lo vi, antes de lo que pasó, antes de lo que cuento ahora, fue en 1985, en el último de mis cumpleaños que alcanzamos a pasar juntos. Yo quería que me diera dinero para una caja de discos de Takeshi Osu (la edición de lujo alemana de Golden POP), pero él me regaló un encendedor, un Zippo con sus iniciales inscritas, que también eran las mías, con la funda decorada con una bandera chilena. Un bonito trabajo de artesanía que yo no aprecié para nada y que guardé en los bolsillos de inmediatez. Aún lo conservo, pero entonces me dio lo mismo. Por acciden-

te o cábala empecé a llevarlo siempre. Yo tenía veinte años o un poco menos. Esa vez nos peleamos a muerte tomando un café en el casino de la universidad. Apenas entró, me dijo que iba vestido como un marica. Le dije que yo no era marica sino *glam*, que iba a ser una estrella *glam*, que los matices eran leves pero importantes. Yo no era marica, le repetí. Me da lo mismo, dijo él. Pareces un mamarracho. Luego se levantó, dejó unos billetes sobre la mesa y se alejó indignado.

Por años pensé que esa conversación interrumpida era una pelea que había quedado en tablas. Nadie había ganado. Cuando estaba especialmente rabioso pensaba en ello como una especie de victoria pírrica: el rock se imponía como ideología a la estupidez conservadora. No eché de menos a mi padre entonces. No lo echo de menos ahora, tampoco, pero en el tiempo que siguió a esa pelea me sentí alternativamente culpable o orgulloso. También me sentía solo. Como terapia o remedio, recordaba su cara lívida en el café, su nerviosismo y esa sensación de molestia atroz que se desprendía de sus gestos. Imaginé que sentía vergüenza de mí, de mi actitud *glam*. Yo era un pájaro raro, un perdido. Pensé: A este viejo huevón le da vergüenza su propio hijo, teme a sus amigos de la Obra, tiene miedo de perder la pega y el prestigio. Por eso es que me sentí aliviado cuando se fue. El *glam* es una disciplina difícil, una religión rigurosa. Exige concentración, valor y fe. No tener miedo de nada. Así, supuse que ese encuentro me había liberado momentáneamente y que con los años solucionaríamos nuestros problemas en esa larga cadena de tiras y aflojas que fue siempre nuestra relación. Porque en el fondo era un problema de perspectivas. A mí me interesaba el presente (el *glam* es puro presente, la actualización última del aquí y ahora de todo deseo; es el presente del estilo, el *glam* como el reflejo vaporoso del horror devuelto en un aura vaporosa y brillante, es la negación de la mediocridad por medio de un disfraz estroboscópico y cegador) y el futuro (el *glam* es puro futuro, la aspiración de una utopía

camp, es moda de ciencia ficción, irreal y terrible en su ansia de devorarlo todo). A él le interesaba el pasado. Mi viejo vivía entre libros, gente y lenguas muertas. Yo, entre guitarras eléctricas y estolas fluorescentes. Pensaba: Tardaremos años en soportarnos y comprendernos, pero al final lo haremos. Eso pensé.

La realidad se demoró apenas un lustro en demostrar que me equivocaba.

En 1990 yo no veía noticias. No me interesaba la tele. Por eso me preocupé cuando la policía vino a buscarme. Estaba en la sala de ensayos, en un viejo galpón de avenida Matta que compartíamos con otras bandas. Ese día no había nadie más. Los otros integrantes de la banda intentaban pulir un par de ideas. Yo leía o luchaba con una letra. No me acuerdo de qué canción o quiénes eran los integrantes de la banda. Tampoco de qué trataba la letra. Los que tocaban a la puerta eran policías de civil. El bajista pensó que venían por drogas. Fumábamos marihuana de manera rigurosa, y esa amenaza, la llegada inminente y sorpresiva de la policía, era parte de cierta mitología rockera que nos generaba una paranoia necesaria para sobrevivir. Un allanamiento bien ejecutado y listo, todos a la cana. Bastaba un soplo de los vecinos, una llamada anónima, un enemigo que nos la tuviera jurada, y adiós. Pero esa vez no venían por drogas. Venían por mí. Se presentaron, dos pacos de civil y un funcionario inidentificable, y pidieron hablar conmigo. Alguien los dejó entrar a la sala de ensayos. El guitarrista siguió probando y ni se inmutó. Habló el funcionario: Venimos a verlo por su padre. Su padre está en una situación algo delicada y pidió contactarlo, dijo. ¿Está al tanto?

Dije que no, que no me veía con mi padre hacía tiempo.

¿No ha visto las noticias?

No, dije de nuevo.

No veo noticias.

No sé nada.